

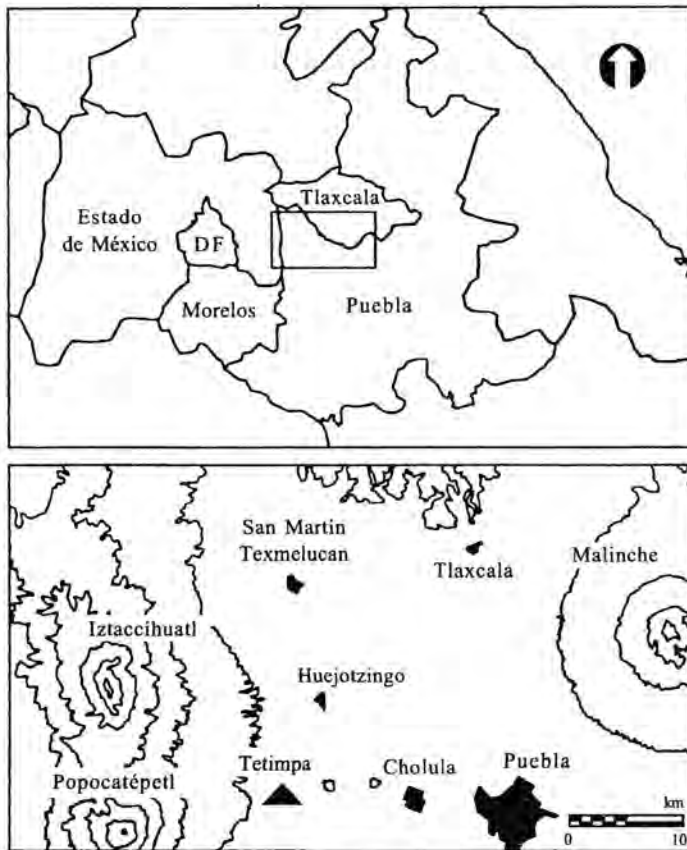
¿“De piedra ha de ser la cama...”? Las tumbas en el Formativo de Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, a partir de la evidencia de Tetimpa, Puebla**

Es cierto que no podemos excavar funerales, sino únicamente los materiales resultantes de las actividades con que terminan (Parker, 1999: 49), pero aun con esta obvia restricción, los depósitos mortuorios conforman un rico acervo de información sobre la cultura que los generó. En términos amplios, las categorías de observación sobre la variabilidad que las prácticas funerarias pueden dejar impresa en la evidencia arqueológica incluyen diferentes aspectos: 1) biológicos (demográficos, genéticos, dietéticos y patológicos); 2) de preparación y tratamiento (tipo y programa de depósito); 3) la facilidad mortuoria (variedad del receptáculo, forma y dimensiones, uso de materiales raros, orientación); 4) las ofrendas u objetos asociados (cantidad, calidad, variedad, origen); 5) la ubicación del depósito (la localización tanto del área general como dentro de ella e incluso dentro del depósito mismo), y 6) variables ambientales (entomológicas, botánicas y faunísticas) (O’Shea, 1984: 39).

Lo ideal sería poder hacer una evaluación de todas esas categorías en conjunto, particularmente considerando que los enterramientos suelen constituir conjuntos politéticos cuyos atributos no necesariamente se ajustan a un patrón regido por presencias o ausencias obligatorias, pero no siempre es posible conseguir la información completa sobre cada una de ellas. El buen estado de los materiales óseos es esencial para obtener datos tan básicos como sexo y edad —por no mencionar cuestiones más complejas como la identificación patológica—, y para poder apreciar aspectos pertinentes al tratamiento del cadáver. La falta de buenas condiciones de preservación puede incidir también en la carencia de registros de elementos percederos que originalmente formaron parte del ajuar mortuario, o impedir la recuperación de polen o de restos de insectos o larvas que pudieran dar indicaciones de las condiciones ambientales contemporáneas a la inhumación.

* Departamento de Antropología, Universidad de las Américas-Puebla.

** La realización del Proyecto Tetimpa ha sido posible con la autorización y el apoyo del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia, así como por el financiamiento proporcionado por la Universidad de las Américas-Puebla, la Fundación para Investigaciones Mesoamericanas, el Sistema Regional Ignacio Zaragoza, y el Conacyt.



● Fig. 1 Ubicación de Tetimpa, Puebla.

En Tetimpa, Puebla, una aldea del Formativo en las faldas nororientales del Popocatepetl (fig. 1), hemos excavado 61 entierros (con al menos 66 individuos), con los siguientes resultados: condiciones muy desmineralizadas de los esqueletos —ausencia de hueso esponjoso y reblandecimiento del hueso compacto—, y nula preservación de otros restos orgánicos. Todo esto ha sido una fuerte limitante para documentar con detalle. La matriz no es demasiado ácida, con un pH de 6.5, pero aparentemente los estratos que la cubren, compuestos algunos por lapilli sin fracciones de partículas finas, produjeron, al igual que en otros casos parecidos, condiciones de drenaje poco propicias para la conservación (e.g., Mays, 1998: 21). Sin embargo, se ha intentado recuperar toda la información posible —obteniendo directamente en campo los datos de edad y sexo ya que los huesos prácticamente se deshacen al levantarlos— y además aprovechar dos de las

categorías de observación mencionadas que no se han visto afectadas por estos problemas: la ubicación de las sepulturas, y la naturaleza de las mismas. En otras oportunidades hemos expuesto nuestras ideas en cuanto a la variación en localización (Uruñuela y Plunket, s.f.), pero en esta ocasión nos enfocaremos principalmente a la heterogeneidad del continente funerario.

¿“Por tumba quiero un sarape...”? Cuestiones de definición

En contraste con la zona maya, el área oaxaqueña, o el occidente de México, es curioso que en el Formativo del Altiplano, y en específico en el Valle de Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, las tumbas propiamente dichas sean tan escasas. A juzgar por la literatura existente, la idea de invertir trabajo y materiales en construir, preparar o decorar el receptáculo mortuario a manera de tumba, y que esto fungiera como un referente para diferenciar las sepulturas de los individuos más importantes,

no parece ser característica de las costumbres funerarias de esta zona.

Puesto que esa afirmación podría sonar un poco drástica a la luz de cómo se ha utilizado el concepto de tumba en la información mesoamericana, conviene puntualizar el sentido que le daremos en este texto. Cuando nos referimos aquí a “tumbas” estamos hablando de la construcción de cámaras, estructuras con techo y paredes —logrados ya sea mediante la adición de materiales de construcción o aprovechando la firmeza natural del terreno—, diseñadas con el propósito de ofrecer un espacio para recibir los restos mortales de uno o más individuos. Es pertinente hacer este señalamiento en vista de las distintas formas en que se ha usado el término. Una revisión cuidadosa permite apreciar que en repetidas ocasiones, las “tumbas” reportadas corresponden a simples fosas, agujeros sin pretensiones arquitectónicas, en los

que se deposita al difunto. El uso semántico es sin duda correcto si nos atenemos a definiciones de diccionario en las que a una tumba se le da la acepción de “sepultura, sitio donde está enterrado un cadáver” (Larousse: *Diccionario Básico de la Lengua Española*, 1990: 598); sin embargo, en el lenguaje tradicional de la arqueología hay también numerosas instancias en las que el concepto de “tumba” se ha utilizado específicamente en el sentido que proponemos arriba, ya sea de forma explícita para establecer diferencias con los enterramientos en fosas (e.g., Barba, 1956: 97-113; Cabrera, 1999: 509-513; López *et al.*, 1976: 30, 83), o implícitamente aun en aquellas fuentes que emplean de manera indistinta tumba y fosa, pero a la vez aludiendo a “verdaderas tumbas” (e.g., Romano, 1974: 92) cuando se pretende indicar que no se trata sólo de sencillas horadaciones en el subsuelo.

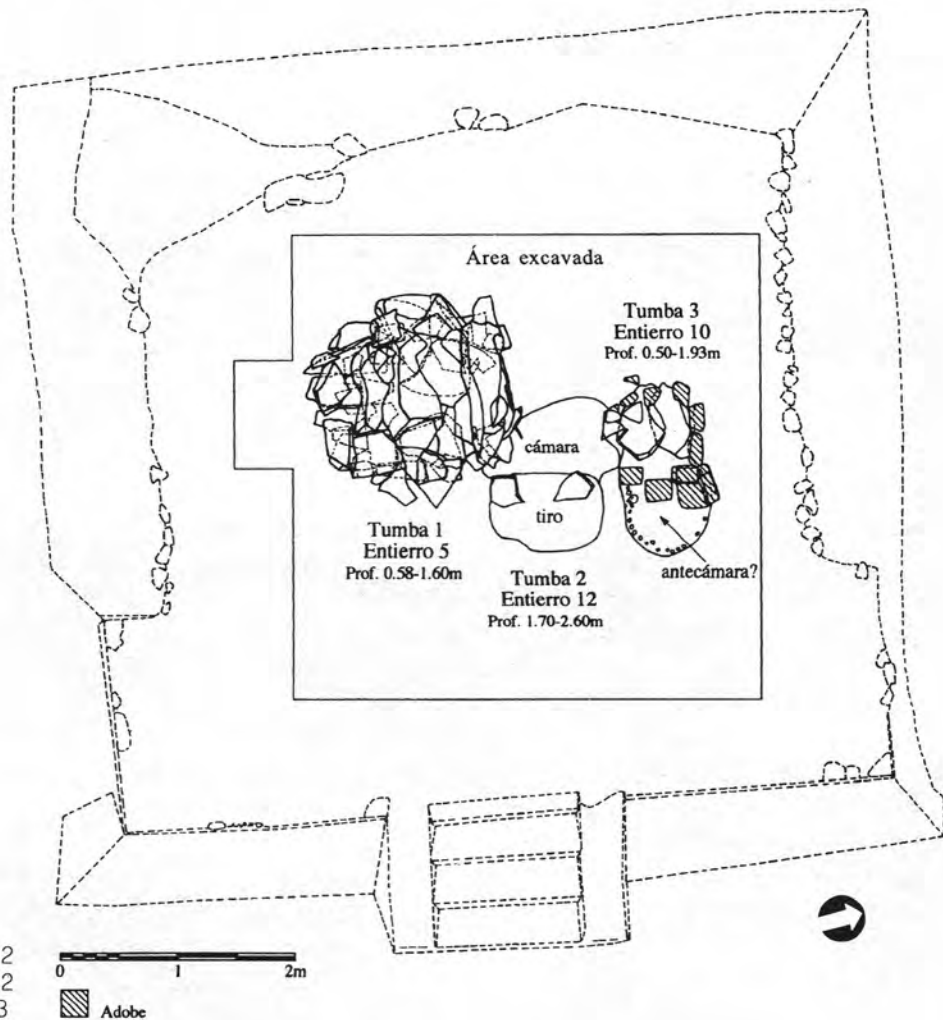
El sarape de la canción en realidad equivaldría a la mortaja, mas todavía el bulto tendría que ser depositado quizás en una fosa, o en una tumba, pero éstas no debieran ser sinónimos al utilizarles como una de las variables a considerar en un enterramiento. Si asumimos que el tratamiento mortuorio de alguna manera expresa las obligaciones que los vivos perciben tener

hacia el difunto de acuerdo con el conjunto de identidades que conformaban su “persona social” (Binford, 1971: 17), la separación entre ellas es muy importante, pues cada tipo de continente implica, cuando menos, niveles distintos de gasto energético (O’Shea, 1984: 40); incluso probablemente manifiestan diferencias en el grado de formalidad de la ceremonia funeraria. Por ejemplo, la construcción de una “tumba” en la forma que aquí la entendemos, requerirá disponer de tiempo y personal para construirla, la concepción de su diseño y dimensiones, y conseguir los materiales para edificarla, a diferencia del agujero abierto en el último momento al que denominaríamos simplemente fosa. Por ello, si aglutinamos ambos conceptos bajo un solo apartado, estaríamos haciendo caso omiso del significado que podrían tener como indicadores de variabilidad mortuoria.

Curiosamente se ha hecho más hincapié en diferenciar entierros indirectos y directos —la descomposición del cuerpo en un espacio vacío en el primer caso, o en un espacio relleno en el segundo— (e.g., Duday, 1997: 106, 108; Romano, 1974: 86). Esto sin duda tiene una importancia primordial para la correcta interpretación, por ejemplo, de procesos tafonómicos, pero en



● Fig. 2 Vista de la Unidad 2 de la Operación 13.

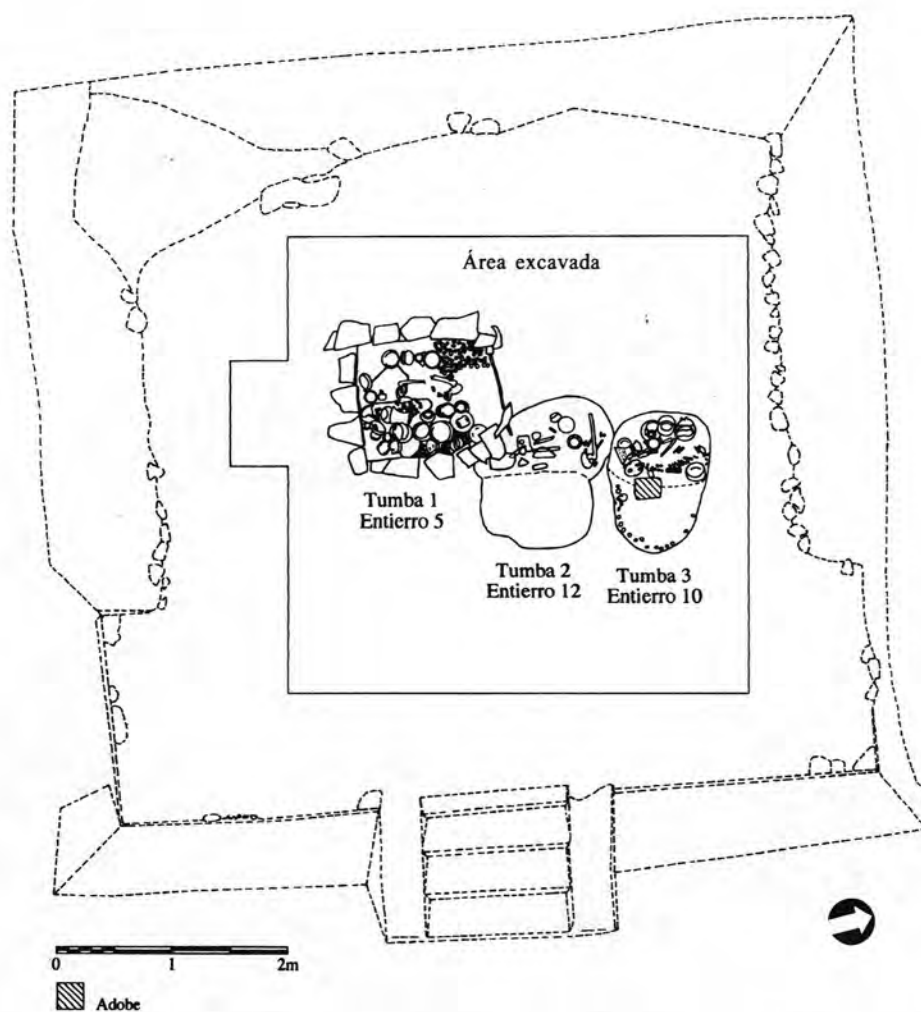


● Fig. 3 Ubicación de las tumbas 1, 2 y 3 en la Unidad 2 de la Operación 13

contraste, la distinción precisa entre la propia naturaleza del continente, y por ende las implicaciones socioculturales que ella tendría, han recibido poca atención. La propuesta concreta entonces es que, diccionario aparte, resultaría muy útil convenir en el uso diferenciado de los términos de tumba y fosa para contar con parámetros comparativos claros, ya que si consideramos a las “tumbas” en el sentido que aquí hemos expuesto, podremos evaluar su presencia o ausencia como uno de los posibles marcadores de variabilidad social expresada en los ritos funerarios. Con esto en mente, este trabajo aborda una revisión sobre el registro de tumbas tempranas en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México a partir de la evidencia procedente de Tetimpa,

Las tumbas tempranas del Altiplano

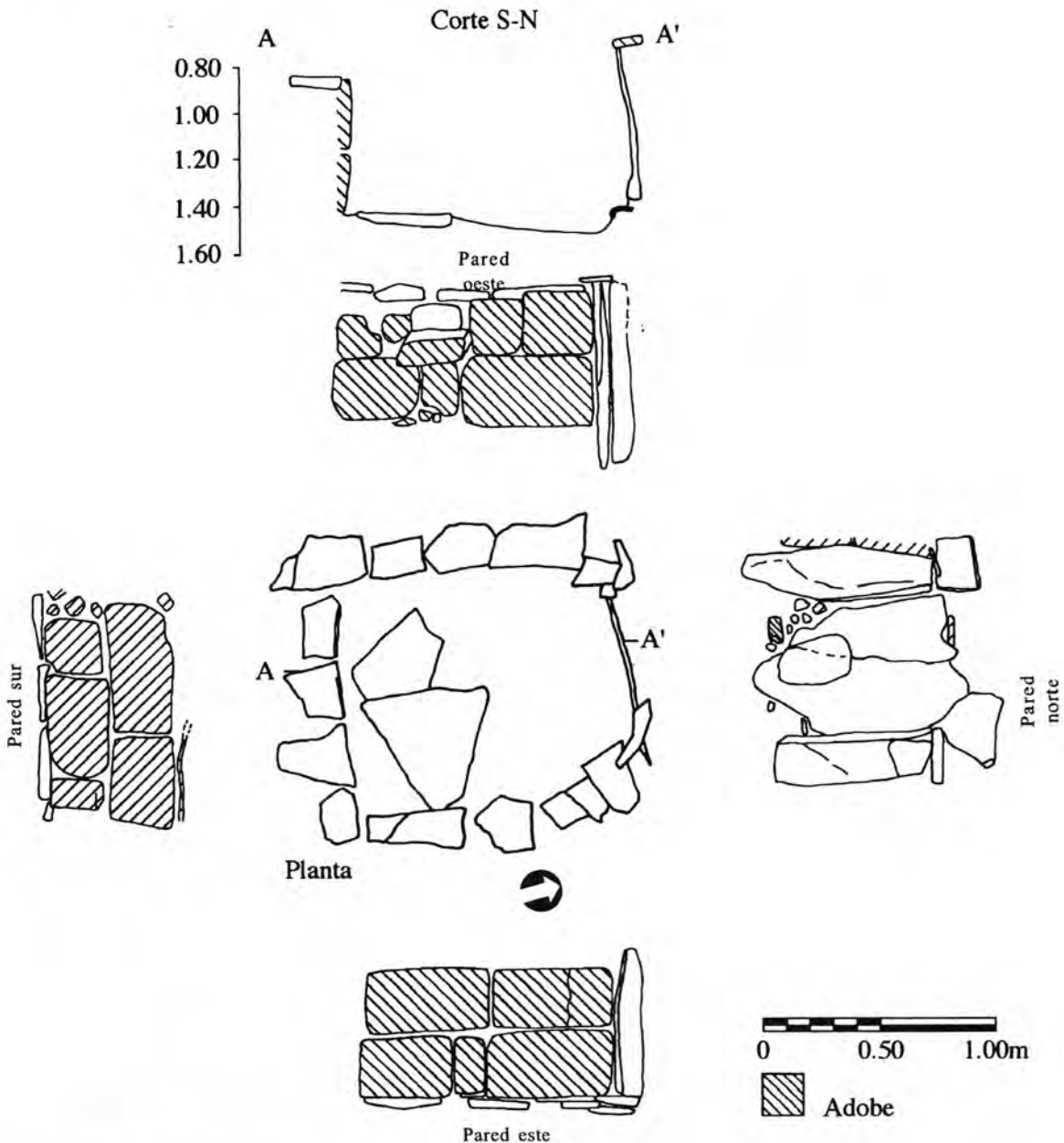
Al igual que las ofrendas y los otros atributos de un entierro, el tipo de continente en el que se colocan los restos involucra una inversión que muchas veces no será apreciable una vez sellada la sepultura. Con excepción de aquellos casos en los que se erigen monumentos conmemorativos o en los que una tumba está diseñada para ser reabierta, el contexto fúnebre desaparece para la sociedad viviente al concluir el sepelio. Pero la importancia de los componentes mortuorios no puede medirse con base en lo efímero de su coexistencia con los vivos. Aunque la ceremonia funeraria no necesariamente representa la última interacción de la



● Fig. 4 Las tumbas 1, 2 y 3 en la Unidad 2 de la Operación 13, una vez abiertas.

comunidad con el fallecido (los muertos pueden aún ser considerados como miembros activos de la sociedad a manera de espíritus o ancestros), el ritual de deshacerse del cadáver combinando la conducta de una serie de personas articuladas a través del difunto constituye un acto social y político mediante el cual los grupos humanos expresan sus relaciones con los ancestros, el territorio y los vivos (Parker, 1999: 141). La propia heterogeneidad que suele haber en los patrones de enterramiento es en sí misma un indicador del vasto contenido simbólico que los componentes representaron en esa acción para el agregado social que efectuó la inhumación, de ahí la importancia de registrar e intentar interpretar las diferencias cuando éstas existen.

En el caso de la categoría de información que aquí nos ocupa, la naturaleza del depósito mortuario durante el Formativo en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, la bibliografía disponible daría la impresión de que las tumbas no formaban parte de las tradiciones locales, aunque destacan por excepcionales las tres excavadas por Barba (1956: 106-112) en el Montículo I de Tlapacoya para finales del Formativo medio y parte del Tardío. La Tumba 2 es la que apareció a mayor profundidad, y consistía en una caja cuadrangular, de 1.42 x 1.10 m en planta y 0.85 m de altura, con paredes y techo de lajas; contenía a un adulto de sexo masculino acompañado de doce objetos de cerámica, lítica, concha y un guaje, además de un cesto y una mandíbula de perro (Barba, 1956:



● Fig. 5 Planta y corte de la Tumba 1 de la Operación 13.

108-110 y fotos 2, 3 y 4). Las tumbas 1 y 3 eran más superficiales, compartiendo ambas el mismo nivel y la misma técnica constructiva; eran también cajas cuadrangulares con techos de laja, pero con paredes de piedra unidas con lodo. La Tumba 1 medía 0.90 x 1.20 m en planta, por 0.90 m de altura, y guardaba los restos desarticulados de un número no especificado de sujetos asociados a 68 vasijas y figu-

rillas de cerámica, además de una placa de pizarra grabada (Barba, 1956: 107 - 108 y foto 1). Por su parte, la Tumba 3 medía 0.98 x 1.25 m en planta y 0.95 m de alto; el mal estado de los huesos depositados en ella no permitió definir número de individuos, edad o sexo; la ofrenda consistió en 76 artefactos, principalmente cerámicos, pero incluyendo algunos de lítica (Barba, 1956: 110-112, fotos 6 y 7, y lámina 14).



● Fig. 6 Vista de la Tumba 1 de la Operación 13, al retirar la cubierta de lajas.

Parecería que si consideramos sólo las tumbas de Tlapacoya, en efecto, las tumbas durante el Formativo en estas regiones del Altiplano fueron muy escasas. Y es que, en general, la evidencia arqueológica todavía puede considerarse como poco explorada. Con base en el trabajo que hemos desarrollado desde 1993 en el sitio de Tetimpa, Puebla, y con los datos que a continuación exponemos, proponemos que quizá la carencia de tumbas para el Formativo en esta zona del Centro de México pudiera ser inversamente proporcional a la investigación que falta por realizar para este periodo.

La aldea de Tetimpa

Desde mediados del Formativo Medio y hasta el Terminal, Tetimpa fue una gran aldea dispersa ubicada en el pie de monte del Popocatepetl, unos 15 km al noreste del cráter del volcán. Con base en 20 fechamientos de radiocarbono hemos podido distinguir dos fases de ocupación del Formativo: Tetimpa Temprano (700-200 a.C.), que inicia con la colonización original y finaliza con un abandono temporal (y tal vez parcial), quizá causado por actividad volcánica, aunque no tenemos todavía la evidencia directa de ello; y Tetimpa Tardío (50 a.C.-100 d.C.), una reocupación afiliada culturalmente con los

antiguos pobladores que vio su fin cuando una erupción pliniana selló el asentamiento. Los excepcionales contextos conservados por este último evento en 21 conjuntos arquitectónicos que hemos documentado, han sido hasta hoy el objeto focal de la difusión que se ha dado a la información obtenida (e.g., Plunket y Uruñuela, 1998a, 1998b, 1999, 2000a, y 2000b; Uruñuela y Plunket, 1998).

Los depósitos piroclásticos que cubrieron al sitio formaron un estrato con una profundidad que en algunos lugares alcanza más de un metro, constituyendo así una efectiva barrera que impidió que ocupaciones posteriores alteraran los restos *in situ* de la fase tardía, pero esto a su vez redundó en que la única perturbación que sufrieron los materiales correspondientes a Tetimpa Temprano haya sido aquella causada por los habitantes de Tetimpa Tardío.

Las unidades habitacionales consistían de dos o tres —excepcionalmente cuatro— plataformas bajas rodeando un patio; cada estructura, edificada de piedra y bloques de adobe, sostenía un cuarto con paredes de bajareque y techos de material perecedero; las esquinas posteriores del conjunto regularmente se destinaban al almacenaje de objetos en desuso. El perfil de



● Fig. 7 Los restos óseos en la Tumba 1 de la Operación 13.

“talud-tablero” que adornaba las fachadas se cortaba al centro por una pequeña escalinata con alfardas lisas que conducía al patio en el cual se encontraba el altar doméstico. Ese patrón de distribución es muy claro en las casas de Tetimpa Tardío (Plunket y Uruñuela, 1998b; Uruñuela y Plunket, 1998), pero las evidencias de Tetimpa Temprano permiten apreciar que era básicamente el mismo que se utilizaba desde esos tiempos, aunque hay tres diferencias patentes entre las dos fases: la primera es que no hay altares en Tetimpa Temprano; no sabemos si no los tenían o si sencillamente no aparecen por no ser los contextos de la misma calidad que los de la fase siguiente; la segunda es que las instalaciones para almacenamiento de granos en Tetimpa Tardío están constituidas por cuexcomates colocados al frente de los conjuntos, mientras que en Tetimpa Temprano son pozos troncocónicos excavados en los patios o en una de las esquinas traseras; la tercera es que los tetimpeños de la fase temprana enterraban selectivamente a algunos de los miembros de la familia en la casa, mientras que ignoramos todavía los patrones mortuorios de Tetimpa Tardío.

En algunas ocasiones, las casas de Tetimpa Temprano fueron totalmente abandonadas al final de esa ocupación, y parcialmente destrui-

das y cubiertas con campos de cultivo en la siguiente fase; otras veces, las mismas antiguas unidades fueron aprovechadas como núcleos para nuevas construcciones, volviéndose subestructuras de los edificios tardíos. En ambos casos, aunque hubo destrucción parcial de las estructuras tempranas, aquellos entierros de Tetimpa Temprano que fueron colocados en las plataformas de las habitaciones o en los patios no se vieron dañados por las actividades de los habitantes de Tetimpa Tardío, principalmente porque aparentemente estos últimos cambiaron sus tradiciones funerarias y dejaron de enterrar a sus muertos en las casas como lo hacían sus antepasados, pues hasta ahora no hemos localizado en ellas ningún entierro tardío. Ese cambio de costumbres, aunado al cese de la práctica de excavar pozos troncocónicos y su sustitución por graneros aéreos, implicó la casi nula perturbación del subsuelo, colaborando así a que las sepulturas tempranas no fuesen alteradas.

Así, a diferencia de muchos otros sitios del Altiplano Mesoamericano donde la larga historia continua de ocupación humana provocó una fuerte destrucción de las evidencias más antiguas, los contextos mortuorios de Tetimpa Temprano sólo fueron afectados por los habitantes



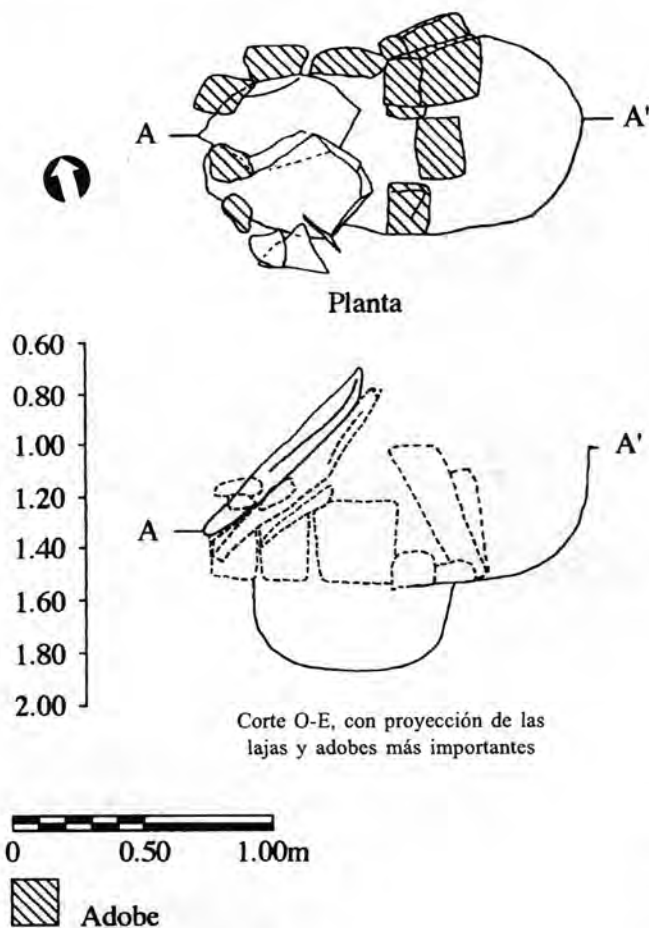
● Fig. 8 Vista desde el oeste de la Tumba 3, donde se aprecian las lajas colapsadas.

contemporáneos a ellos y no por actividades posteriores, ni siquiera durante Tetimpa Tardío. De 21 conjuntos arquitectónicos registrados, ocho presentan ocupación de Tetimpa Temprano, y en cinco de ellos hubo enterramientos. Los patrones identificados (Uruñuela *et al.*, 1998) indican que no todo miembro de la familia era enterrado en las casas, sino sólo algunos de los hombres y ocasionalmente mujeres —ambos bajo los pisos de los cuartos—, así como algunos niños que eran inhumados en los patios; a los demás quizá se les depositaba fuera de las unidades habitacionales o se les otorgaba otro tipo de tratamiento. Esta situación, vinculada a otros datos, nos ha permitido proponer (Uruñuela y Plunket, s.f.) que los individuos sepultados en las casas eran primordialmente los hombres que fungían como jefes de familia, los niños que habrían adquirido esa categoría pero murieron antes de tiempo, y algunas mujeres que por razones excepcionales fueron incluidas dentro de esta muestra selectiva.

La composición no totalmente homogénea de las poblaciones mortuorias colocadas en los espacios domésticos no es de extrañar. Si bien es cierto que todas las sociedades emplean algún procedimiento regular o una serie de ellos para disponer de sus muertos, cada enterramiento

representa a la vez la aplicación de una serie de directrices prescriptivas y proscriptivas relevantes al difunto en particular, de manera que no puede esperarse una regularidad absoluta en los patrones empleados, pues pudieron haberse considerado otros criterios sin restringirse al trato que le hubiese correspondido a un individuo de acuerdo exclusivamente con su edad y sexo (Binford, 1971: 25-26; Mays, 1998: 23; O'Shea, 1984: 33-35).

Para tiempos más tardíos en Mesoamérica, el tratamiento diferencial está bien documentado por los cronistas, dependiendo a veces del oficio que se desempeñaba, pero primordialmente del tipo de circunstancias en que ocurrió el deceso de la persona. Variaba no sólo el área de inhumación, sino también el procesamiento que podría darse al cadáver (Durán, 1971: 121-122 y 267), e incluso el lugar de reposo final que el alma del finado tendría. Los que fallecían por enfermedad eran objeto de cremación y se suponía que irían al Mictlan; a los muertos por rayos, ahogados, leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos e hidrópicos les esperaba el Tlalocan, enterrándoles sin quemar; finalmente, los guerreros caídos en batalla o en cautiverio irían a la casa del sol, mismo destino que aguardaba a las mujeres muertas de parto



● Fig. 9 Planta y corte de la Tumba 3.

o en guerra, a las cuales se enterraba sin exposición al fuego (Sahagún, 1969, tomo I: 293-297, tomo II: 180-181).

Obviamente, esas mismas directrices no tendrían que estar vigentes en épocas anteriores, pero la variación en edad y sexo registrada en las casas de Tetimpa, con evidente predominio de adultos de sexo masculino (que sin embargo no serían suficientes para dar cuenta de todos los que a través del tiempo debieron habitar en ellas), es un claro indicador del uso de criterios selectivos, cualquiera que estos hubiesen sido. De todas maneras, aun dejando de lado a mujeres y niños para tener una muestra más homogénea, y considerando solamente al restringido grupo de los hombres sepultados en las casas, también se detectan distinciones

entre ellos. Los sujetos más importantes —a juzgar por la calidad y cantidad de sus ofrendas— se colocaban bajo los pisos hacia el centro de la plataforma principal, mientras que los demás ocupaban las estructuras laterales o la misma plataforma principal pero ubicados más hacia los lados de la misma.

La mayoría de los esqueletos estaban dispuestos en posición flexionada —por lo general sobre un costado, pero ocasionalmente en decúbito dorsal o ventral—, en fosas ovoides individuales recubiertas con un lecho de pequeños cantos rodados y una o varias capas duras de barro dispuestas tanto en el fondo, entre las piedras, como en las paredes y boca de la fosa; más de los mismos cantos se ponían también sobre el cuerpo, antes de rellenar la fosa con tierra y barro. La orientación más común era con el cráneo hacia el sur, y las ofrendas regularmente se acomodaban hacia los pies o a la altura de las rodillas. Este patrón general fue claro desde la primera casa excavada, y hasta antes de la Operación 13 en 1997 daba la impresión de

que la única variable significativa registrada entre los entierros de sexo masculino contenidos en las plataformas era la diferencia en ofrendas; sin embargo, habíamos notado que en algunas sepulturas muy dañadas por depósitos funerarios posteriores —de la misma fase Tetimpa Temprano— había algunas lajas y bloques de adobe desordenados, que supusimos podrían haber pertenecido a cistas o ser meramente parte de los materiales de relleno de las estructuras.

Los datos de Tetimpa parecían ajustarse entonces al patrón esperado para el Formativo en el Altiplano, con la mayoría de los entierros colocados en depósitos directos y, a diferencia de otras localidades mesoamericanas contemporáneas, sin presencia de tumbas. La informa-



● Fig. 10 Vista de la Tumba 2 desde el este, y su ubicación en relación a la Tumba 1.

ción documentada en la Operación 13 nos permite ahora modificar este supuesto y plantear otras alternativas. Por ello, presentaremos en detalle las tumbas de esta operación, para pasar después a una revisión de elementos de excavaciones previas que, a la luz de estas nuevas evidencias, podrían corresponder a tumbas destruidas.

La Operación 13

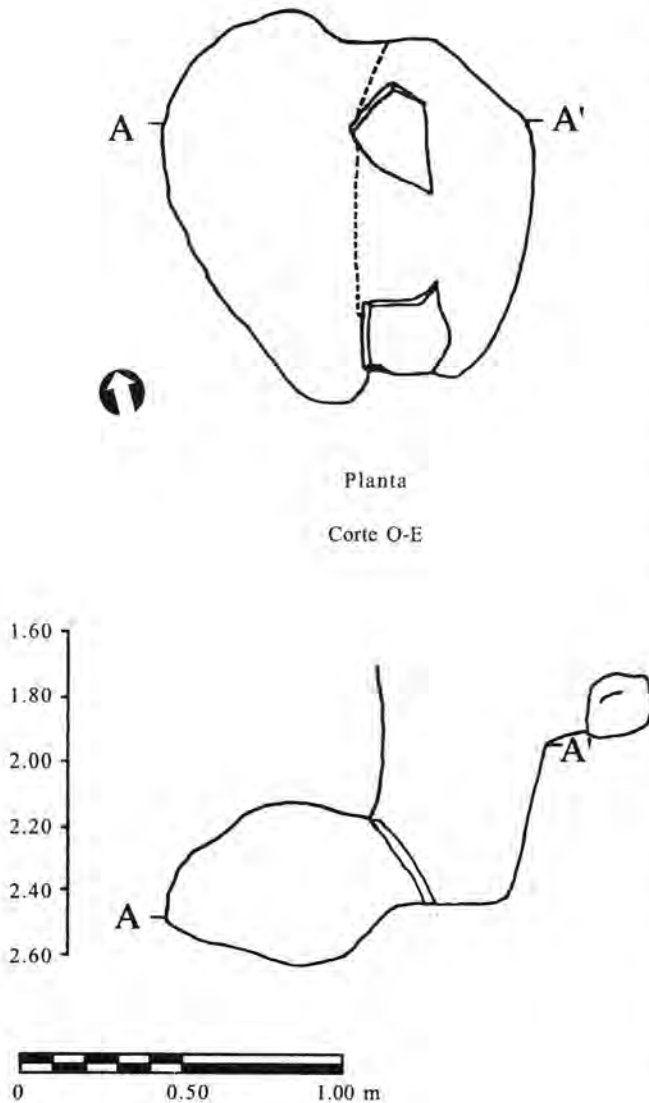
La Operación 13 correspondió a un conjunto habitacional constituido por cuatro plataformas rodeando un patio, con la estructura principal localizada hacia el oeste del mismo, y es uno de los casos en que los habitantes de Tetimpa Tardío construyeron sobre edificaciones anteriores, lo que nos proporcionó una de las secuencias más largas y continuas de ocupación de Tetimpa Temprano.

Registramos aquí un total de quince entierros, con un mínimo de 19 individuos representados. La mayoría de ellos eran relativamente sencillos, individuales, directos, de adultos, en fosas excavadas en las plataformas (a excepción de un entierro infantil en el patio). La plataforma principal (fig. 2), sin embargo, nos permitió documentar dos tumbas intactas y otra más que se había colapsado.

La Tumba 1 de la Operación 13

La Tumba 1 se construyó dentro del relleno de la plataforma principal del conjunto, levemente hacia el este del centro (figs. 3 y 4); se desplanta sobre una capa de tierra amarillenta endurecida a unos 1.60 m de profundidad del último piso de la estructura (Piso 1 de un total de ocho sobrepuestos), y termina con las últimas lajas del techo que se encontraban a sólo 0.58 m del mismo punto. Es una pequeña cámara de planta cuadrangular que mide 1.22 m en sentido N-S por 0.90 m E-O y 0.82 m de altura, y en su extremo norte tenía una puerta falsa formada por dos lajas empotradas en el piso de tierra de la tumba; esta "puerta", que nunca se usó como tal, se apoyaba contra dos jambas formadas por lajas alargadas. Las paredes estaban hechas con bloques de adobe revocados con una gruesa capa de mezcla de adobe, y rematadas en su parte superior por una hilada de lajitas, semejantes a *ixtapaltetes*, antes de colocar tres capas de grandes lajas traslapadas, unidas con lodo endurecido, que formaban una cubierta casi circular con un diámetro máximo de 1.80 m (figs. 5 y 6).

La tumba contenía al Entierro 5, un esqueleto en muy malas condiciones, removido y roído por tuzas y parcialmente aplastado por la



● Fig. 11 Planta y corte de la Tumba 2.

caída de una de las lajas del techo, pero pudo apreciarse que el personaje fue colocado hacia la mitad sur del espacio sobre dos grandes lajas de andesita, que a su vez descansaban sobre un lecho de pequeños cantos rodados burdamente cementados con barro (fig. 7). Se trata de un adulto de sexo masculino, flexionado en decúbito ventral, con el cráneo hacia el sur, cuya ofrenda consistió en 34 vasijas acomodadas principalmente del lado oriente de la cámara, una navaja de obsidiana, y un machacador de piedra.

La Tumba 3 de la Operación 13

La construcción de la Tumba 3 fue inmediatamente anterior a la de la Tumba 1, pero no por mucho, ya que ésta precedió a la colocación del Piso 6 y la 3 a la del Piso 7. Ésta era una estructura más modesta que la Tumba 1, colocada hacia el norte de la misma plataforma (figs. 3 y 4), y con una manufactura mucho más descuidada y burda que la otra, de manera que aparentemente con el tiempo y con el peso del relleno que la cubría se colapsó (fig. 8). Quedaba un amontonamiento de lajas y adobes cubriendo al Entierro 10, un adulto de sexo masculino, flexionado en decúbito lateral izquierdo, con el cráneo hacia el sur, aunque la mandíbula estaba removida hasta el lado norte; esta remoción, así como la de otras partes del esqueleto, probablemente tenga que ver con el colapso de la estructura funeraria. Las diez vasijas que constituían la ofrenda se ubicaban principalmente al oeste del individuo.

A diferencia de la Tumba 1, y a juzgar por el hecho de que los restos óseos y ofrendas se hayan encontrado delimitados por una fosa baja (0.90 m N-S por 0.78 m E-O y 0.38 m de profundidad), parece que la cámara de la Tumba 3 estaba formada por una horadación en el relleno de la platafor-

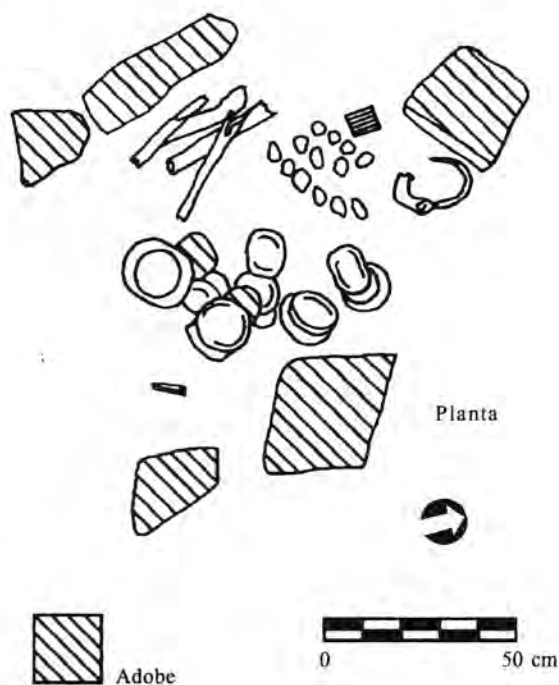
ma, con un techo de lajas para cuyo sostén colaboraban algunos adobes distribuidos en los límites de la fosa (fig. 9), quedando así las “paredes” constituidas tanto por estos adobes como por los propios perfiles de la fosa revestidos con lodo. En la parte exterior del lado este de la entrada de la cámara se ubicó una depresión circular, apenas en parte delimitada por lodo endurecido y bloques de adobe, que podría corresponder a una especie de antecámara o ser parte de la excavación que originalmente se hizo para facilitar la construcción de la tumba.

El conjunto de materiales se encuentra a una profundidad de entre 0.50 m (la parte superior de las lajas colapsadas) y 1.93 m desde el Piso 1.

La Tumba 2 de la Operación 13

La Tumba 2 corresponde al contexto funerario más antiguo en esta plataforma, y es de un tipo distinto a las ya descritas. Parte de ella se localiza prácticamente abajo de la entrada de la Tumba 1 (figs. 3 y 4). Es un depósito en forma de bota, cuyo tiro inicia a los 1.70 m desde el Piso 1 y desciende hasta los 2.40 m, profundidad mucho mayor que la que corresponde al propio desplante de la plataforma que se encuentra a los 1.70 m, justo a la altura del inicio del tiro de la Tumba 2; de hecho, la construcción de este tiro debió ser anterior a la colocación del piso más antiguo documentado, el Piso 8, que se ubica entre los 0.67 y 1.58 m. El tiro tiene un diámetro de unos 0.70 m y conduce a una pequeña cámara (1.30 m N-S x 0.68 m E-O y 0.45 m de altura máxima) ubicada entre los 2.15 y los 2.60 m (figs. 10 y 11). La entrada a la cámara se encontraba en el lado poniente de la base del tiro, y fue clausurada verticalmente con dos lajas de andesita unidas entre sí y al tepetate con un mortero duro de lodo.

Esta tumba contenía al Entierro 12, conformado por dos adultos. Del lado norte de la cámara se encontró el Individuo I, representado por un conjunto de huesos en mal estado, sin posición anatómica detectable. Este esqueleto parece haber sido el primero depositado, y probablemente su desorden y fragmentación sean producto de actividades de reacomodo o reducción—reagrupamiento parcial o total de un esqueleto dentro del espacio donde se realizó el depósito primario (Duday, 1997: 119)— que tomaron lugar al introducir al Individuo 2. Los restos de este último se ubicaban hacia el sur de la cámara, muy destruidos por la acción de tuzas; no obstante, pudo observarse que fue depositado en decúbito lateral izquierdo flexionado, con la cabeza hacia el sur, y un pedazo grande de metate sobre sus piernas. Además del metate había en la cámara dos vasijas de cerámica, dos



● Fig. 12 Planta del Entierro 4 en la Operación 1/ Estructura 2.

raspadores y una navajilla de obsidiana, pero no queda claro a cuál de los dos personajes se asocian estos objetos. No fue posible identificar el sexo de estos sujetos debido a la pobre conservación de sus restos.

Otras posibles tumbas

La documentación de las tumbas de la Operación 13, particularmente de la Tumba 1, nos motivó a revisar los datos de temporadas anteriores en búsqueda de casos semejantes que pudiesen haber sido mal interpretados como cistas destruidas. Efectivamente, en dos de cinco conjuntos habitacionales registrados en la Operación 1 entre 1994 y 1995 (estructuras 2 y 5), encontramos entierros en posibles tumbas; sin pretender ofrecer el mismo detalle que para las de la Operación 13, y sólo con ánimo de mostrar este material comparativo, esas sepulturas se describen a continuación.

La Estructura 2 de la Operación 1 estaba sumamente dañada en su parte superior por el trascavo. Sólo conservaba evidencias corres-



● Fig. 13 Vista desde el oeste del Entierro 11 en la Operación 1/ Estructura 2, antes de retirar los adobes. Se aprecia en la parte posterior el muro colapsado que formaba su límite este.

pondientes a Tetimpa Temprano, parcialmente destruidas, por lo que no es claro si tuvo una reocupación durante Tetimpa Tardío que haya sido arrasada totalmente por la maquinaria. El conjunto constaba de una plataforma que sostenía al menos tres, y quizás cuatro cuartos alrededor de un patio central. Se localizaron quince entierros individuales, distribuidos bajo dos de las habitaciones y el patio; de ellos, dos de los hallados bajo el cuarto del sur (Entierros 4 y 11) son los que nos interesan aquí.

En el caso del Entierro 4 la situación no es totalmente clara, pues se encontraba muy cercano a la superficie expuesta por el trascavo, pero a su alrededor se localizaron una serie de adobes que podrían corresponder a los restos del arranque de posibles muros de una cámara; dado sin embargo el alto grado de alteración de este contexto y su poca profundidad desde la superficie (unos 10 cm), no es posible asegurar que en efecto ese fuera el caso (fig. 12). Se trata de un adulto de sexo masculino, con el cráneo hacia el sur, flexionado en decúbito lateral derecho, aunque es posible que hubiese estado originalmente en decúbito dorsal y los restos se hubiesen vencido hacia un lado. Las ofrendas

consistieron en once vasijas de cerámica, una navaja de obsidiana y un machacador de piedra, colocados al este del esqueleto.

Por su parte, el Entierro 11, ubicado a mayor profundidad, fue removido parcialmente por inhumaciones posteriores realizadas en sus alrededores inmediatos, además de que en buena medida los restos óseos estaban destruidos por roedores, pero pudo apreciarse que se trataba de un adulto, posiblemente de sexo masculino, flexionado en decúbito lateral izquierdo, aunque al parecer fue colocado inicialmente en decúbito dorsal y se venció hacia ese lado; el cráneo, ya desaparecido, debió haber estado hacia el norte. Se conservaban cuatro vasijas incompletas al sur del esqueleto, frente a las piernas. Parece que este entierro fue delimitado en su lado este aprovechando un muro preexistente, mientras que los lados oeste y norte se cerraron con algunos adobes, colocando también otros adobes sobre el entierro (fig. 13). Probablemente representa una tumba cuya construcción fue bastante más burda y menos formal que la Tumba 1 de la Operación 13, aunque cabe la posibilidad de que esta informalidad se deba a la alteración de la que fue objeto.

Es de mencionarse que en el patio de la Estructura 2 encontramos un pozo de más de un metro de profundidad, relleno exclusivamente con grandes lajas semejantes a las usadas en el techo de la Tumba 1 de la Operación 13. Dada la continua actividad de enterramientos en áreas limitadas, podría ser que estas lajas procedieran de tumbas que fueron destruidas con nuevas sepulturas y que estuvieran almacenadas para futuros usos funerarios, ya que no hemos encontrado este tipo de lajas empleadas en otros elementos constructivos.

La otra estructura de la Operación 1 a la que nos referiremos es la Estructura 5, que sólo tuvo ocupación durante Tetimpa Temprano, pues se encontraba cubierta con surcos de Tetimpa Tardío. Inicialmente el conjunto estuvo compuesto por tres estructuras alrededor de un patio, que se unieron después desde las bases formando una sola plataforma que hubiera sostenido a las tres habitaciones originales, más dos cuartos de esquina y un pequeño vestíbulo. Se localizaron trece entierros con un mínimo de 16 individuos distribuidos bajo las tres habitaciones y el piso del patio, pero la mayoría de ellos se encontraban bajo el cuarto del oeste; de estos últimos, al menos uno y quizá dos (Entierros 6 y 7), parecen haber sido depósitos en tumbas.

El Entierro 6 corresponde a un adulto tan afectado por la acción de roedores, que no fue posible identificar su posición, orientación, ni sexo. Estaba acompañado de cinco vasijas y un raspador de obsidiana; tanto éstos como el esqueleto se habían depositado en una fosa de poca profundidad, en los límites de la cual se colocaron una serie de adobes para soportar un techo de lajas (fig. 14). La poca formalidad de la estructura funeraria, así como la fuerte alteración en el relleno de la plataforma causada por la deposición de otros enterramientos muy



● Fig. 14 La cubierta de lajas del Entierro 6 de la Operación 1/ Estructura 5.

cercanos, nos condujeron a interpretar este elemento como una cista destruida, donde las lajas habrían formado parte de paredes caídas; sin embargo, contando ahora con la comparación de las tumbas 1 y 3 de la Operación 13, es el caso en que puede verse con más claridad que debió tratarse de una tumba similar a la 3 de la Operación 13, es decir, donde las paredes se lograron con los perfiles de la fosa reforzados en su parte superior por unos cuantos adobes para sostener la cubierta de lajas.

El Entierro 7 estaba bastante más deshecho por la colocación de otras sepulturas aledañas, y sólo conservaba dos grandes lajas sobre un esqueleto de adulto (fig. 15), probablemente masculino, quizá flexionado y con el cráneo hacia el norte, asociado a cinco vasijas, pero



● Fig. 15 El Entierro 7 de la Operación 1/Estructura 5, con las lajas de la cubierta que quedaban.

hubo tanta remoción a su alrededor que fue difícil diferenciar sus materiales de los depósitos vecinos. Por ende, la posibilidad de que correspondiera a una tumba colapsada no es tan clara como en el Entierro 6, pero dada la presencia de algunas lajas sobre los restos óseos pensamos que hay probabilidades de que ese haya sido el caso.

Así, de un total de 61 entierros excavados, quizás al menos siete pueden haber correspondido a depósitos en tumbas: tres en la Operación 13, dos en la Operación 1/Estructura 5, y dos en la Operación 1/Estructura 2. Sólo uno de estos casos (Operación 13, Tumba 2) se trata de una especie de tumba de tiro con la cámara excavada en el tepetate; los demás parecen versiones muy simplificadas y burdas de la Tumba 1 de la Operación 13.

Discusión

No hemos encontrado informes de tumbas contemporáneas en el valle poblano-tlaxcalteca. La mera descripción de un elemento poco o definitivamente no reportado conlleva su propio valor, pero las implicaciones que representa su existencia son, desde luego, aún más im-

portantes. La conservación de la Tumba 1 de la Operación 13 nos permitió identificar la presencia de otras probables cinco tumbas destruidas (sin contar la tumba de tiro) para las que antes carecíamos de indicios que permitieran clasificarlas como tales, revelando así que no es un elemento único o idiosincrásico de esa unidad doméstica, sino parte de una tradición local reservada a algunos miembros de las familias. Curiosamente, en términos generales la Tumba 1 de Tetimpa es muy similar a las tres de Tlapacoya, siendo tumbas relativamente chicas y simples, con techos de lajas, abundantes ofrendas, y ubicadas dentro del relleno de los montículos, hacia el centro de ellos (Barba, 1956: planos 7 y 8).

Esto último es de particular relevancia en relación con lo expresado al inicio de este artículo: la carencia de tumbas para el Formativo en estas áreas. Hay muy pocos montículos explorados de este periodo. La mayoría de ellos, en el caso de montículos habitacionales menores, fueron destruidos o al menos fuertemente alterados por construcciones posteriores. Si en el caso de Tetimpa, cuya historia ocupacional no fue tan larga, la identificación de algunas tumbas se dificulta debido a la destrucción

causada por otros enterramientos realizados sólo en la misma fase en que dichas tumbas fueron construidas, poco puede esperarse de la mayoría de los sitios en los cuales la secuencia no se vio interrumpida por estratos estériles que protegiesen las evidencias más antiguas. Por otro lado, son también pocas las estructuras no habitacionales de este tiempo que han sido exploradas además de la de Tlapacoya. El Tetel de Aljojuca, Puebla (Linné, 1942: 28-45), contenía quince entierros, ninguno de ellos en tumba, aunque uno cubierto por una gran laja; desafortunadamente, la exploración mediante una trinchera de 3.5 por unos 18 m de largo no abarcó todo el interior del montículo, de manera que no es posible saber si habría otro tipo de depósitos funerarios. En Totimehuacan, Puebla (Spranz, 1970: 63-64), el Tepalcayo 1 contaba con varias cámaras en su interior; no había en ellas ningún esqueleto, pero esto no indica necesariamente que no hayan sido estructuras mortuorias, sino que quizá simplemente no llegaron a utilizarse.

La propuesta entonces es que las tumbas durante el Formativo en estas regiones pudieran ser más comunes de lo que tradicionalmente se ha pensado, en particular para finales del Formativo Medio y durante el Tardío, mismo tiempo en que la tradición de construir cámaras subterráneas estaba iniciando en otros lados de Mesoamérica. Si Tetimpa es un buen ejemplo del tipo de asentamiento que había para esos momentos en el Altiplano, o al menos en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, eso indicaría que acá los cuartos se construían sobre plataformas en las que depositaban a sus muertos, y que el hecho de que generalmente no se detecten esas estructuras es porque fueron destruidas con ocupaciones posteriores, de manera que lo que normalmente se registra como los límites de una habitación sería apenas el arranque de la plataforma que la habría sostenido; si ya sólo quedan las bases de esos muros, y las tumbas que se excavaron en el relleno de las plataformas no eran más profundas que esas bases, no hay manera de encontrar

evidencia de ellas, pues hace tiempo que habrían desaparecido.

Vale la pena hacer notar que, con excepción de la tumba de tiro, y a diferencia de la Tumba 1 y quizá la 3 de Tlapacoya, las de Tetimpa no fueron utilizadas para eventos múltiples, y además se encuentran en contextos habitacionales. Así, la labor invertida en ellas constituía un gasto —o un reconocimiento— individual destinado sólo a ciertos miembros de la familia y sólo en algunos grupos, pues hay dos casas más con entierros pero sin tumbas. Las implicaciones de una variabilidad mortuoria tan marcada en cuanto al tipo de sepultura que se estaba empleando no debe pasar desapercibida en una época en que en el Altiplano se estaban gestando las bases para el desarrollo de los grandes centros urbanos que florecerían durante el Clásico, sino por el contrario, debe ser valorada como uno de los indicadores de la diferenciación social que formó parte de ese complejo proceso. Es cierto que para el Clásico las tumbas no serán comunes en Puebla-Tlaxcala y la Cuenca de México, a juzgar por el reducido número que ha sido reportado en los asentamientos importantes de ese momento. Algunas, como las tumbas de Tlailotlacan en Teotihuacan (Millon, 1973: 41-42; Paddock, 1983; Spence, 1989 y 1992; Spence y Gamboa, 2000), y las de Manzanilla en Puebla (Hirth y Swezey, 1976), parecen ser más bien tradiciones vinculadas a Oaxaca en sitios y tiempos muy puntuales. Dejando esas aparte, los pocos reportes que encontramos de otras tumbas clásicas se mencionan enseguida.

Para Teotihuacan, en San Francisco Mazapa, Linné (1934: 45, fig. 16; 54) describe una tumba rectangular, hecha de piedra y con techo inclinado de lajas, para el conjunto de Xolalpan, y otra más burda, con muros de adobe y techo de cantos rodados cementados con mortero, para el de Tlamimilolpa (Linné, 1942: 110-111, figs. 185 y 186; 125-126); ambas eran de dimensiones reducidas, con plantas de alrededor de 1 m de largo por unos 80 cm de an-

cho (calculado con base en la escala gráfica), y cada una contenía los restos de un solo individuo y múltiples ofrendas. Séjourné (1959) menciona tumbas para Zacuala, aunque, con excepción de un caso en el que especifica que los entierros estaban dentro de una cámara con paredes blancas muy pulidas (Séjourné, 1959: 60), no es posible saber si en efecto habla de tumbas como aquí las definimos o si se trata de un término general que remite a cualquier tipo de sepultura. Hay otras tumbas más en el Barrio Oaxaqueño y sus cercanías que todavía no han sido publicadas en detalle (Cabrera, 1999: 511-512), eso sin contar aquellos entierros depositados en estructuras de altares que en ocasiones se han considerado como tumbas (Cabrera, 1999: 510).

En el Valle de Puebla-Tlaxcala, entre 50 y 200 d.C., con dos reaperturas posteriores (García Cook *et al.*, 1976a: 25 y 1976b: 54; Vega, 1981: 48), está la tumba de Los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala, una cámara de planta entre oval y rectangular, con paredes y piso de lajas, de poco menos de 1.50 m de ancho por casi 2 m de largo —a juzgar por la escala gráfica de los dibujos (García Cook *et al.*, 1976a: plano 4)—, excavada dentro de una plataforma y sellada con un piso de estuco, que contenía al menos cuatro individuos asociados a 63 vasijas y 257 objetos no cerámicos: obsidiana, cuentas de diversas materias primas, una maqueta de piedra, punzones de hueso y bezotes de travertino (García Cook *et al.*, 1976a: 16). En Cholula, por su parte, Romero (1937: 9) reporta que el Entierro 1, explorado en los años treinta en la meseta noreste del Tlachihualtepetl, fue encontrado dentro del relleno, a 10 m de profundidad del Piso 1, protegido por una estrecha bóveda de adobes. Se trata de un individuo masculino perteneciente a una época muy anterior al resto de las inhumaciones efectuadas en la pirámide (Romero, 1937: 32); Noguera (1954: 238) lo atribuye al Clásico, y a juzgar por las

vasijas de ofrenda que ilustra (Noguera, 1954: 179), parecería Clásico Temprano. Esta tumba es bastante interesante, ya que su construcción, con paredes constituidas en parte por los propios perfiles de la fosa y en parte por unos cuantos adobes, se asemejaría a las tumbas menos elaboradas de Tetimpa. Para tiempos un poco posteriores (400-650 d.C.), McCafferty (1996: 306) alude a una tumba para el sitio de Tránsito, también en Cholula, pero la descripción es muy somera y no es posible saber qué restos óseos contenía —aparentemente dos individuos—, no hay plantas, cortes, ni dimensiones específicas o detalles de su construcción; sólo menciona que era de piedra y hace referencia a las ofrendas. López y sus colegas (1976: 83) señalan dos entierros del Clásico Tardío (Cholula III, 400-750 d.C. [López *et al.*, 1976: 29-31]), colocados en la pirámide en un canal de desagüe parcialmente acondicionado para servir como tumba (el 363 corresponde a un adulto de sexo masculino, y el 364 a uno de sexo femenino), pero éstos constituyen casos cuestionables de acuerdo con la definición que aquí hemos usado, ya que se estaría empleando como continente un elemento no diseñado originalmente para ese propósito.

Así, a diferencia de lo que proponemos aquí, para el Formativo Tardío, fines del Formativo Medio y durante el Clásico, colocar los restos mortales de sujetos importantes en tumbas no parece haber sido parte relevante de las tradiciones funerarias locales, pero consideramos que ello obedece a factores de otra índole que resultaron en cambios drásticos en el patrón de enterramiento, y es un tema en el que justamente nos encontramos trabajando en la actualidad, ya que tenemos razones para pensar que son cambios concomitantes con las grandes transformaciones socioculturales de la época. Pero, en el tenor de este artículo, ése es otro cantar.

bibliografía

- Barba, Beatriz
1956. "Tlapacoya. Un sitio preclásico de transición", en *Acta Antropológica*, época 2, vol. 1, núm. 1, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Binford, Lewis
1971. "Mortuary practices: their study and their potential", en J. A. Brown (ed.), *Approaches to the Social Dimensions of Mortuary Practices*, Washington, D.C., Society for American Archaeology (Memoirs of the Society for American Archaeology, núm. 25), pp. 6-29.
- Cabrera, Rubén
1999. "Las prácticas funerarias de los antiguos teotihuacanos", en L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, México, UNAM, pp. 503-539.
- Duday, Henri
1997. "Antropología biológica 'de Campo', tafonomía y arqueología de la muerte", en E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler (eds.), *El cuerpo humano y su tratamiento mortuorio*, México, INAH-CEMCA, (Científica), pp. 91-126.
- Durán, fray Diego
1971. *Book of the Gods and Rites and the Ancient Calendar*, Norman, University of Oklahoma Press.
- García Cook, Ángel, Martha Arias y Rafael Abascal
1976a. "Una tumba de la Fase Tenanyecac en Tlaxcala, México", en *Comunicaciones*, suplemento 3, Puebla, FAIC, pp. 13-27.
1976b. "Cronología de la tumba y comentarios generales", en *Comunicaciones*, suplemento 3, Puebla, FAIC, pp. 53-60.
- Hirth, Kenneth G. y Willian Swezey
1976. "The changing nature of the Teotihuacan Classic: A regional perspective from Manzanilla, Puebla", en *Las Fronteras de Mesoamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 11-23.
- Linné, Sigvald
1934. *Archaeological Researches at Teotihuacan, México*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (Publication núm. 1).
1942. *Mexican Highland Cultures: Archaeological Researches at Teotihuacan, Calpulalpan and Chalchicomula in 1934-35*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (Publication núm. 7).
- López, Sergio, Zaid Lagunas y Carlos Serrano
1976. *Enterramientos humanos de la Zona Arqueológica de Cholula, Puebla*, México, SEP-INAH (Científica, 44).
- Mays, Simon
1998. *The Archaeology of Human Bones*, Londres, Routledge.
- McCafferty, Geoffrey G.
1996. "The ceramics and chronology of Cholula, Mexico", en *Ancient Mesoamerica*, vol. 7, núm. 2, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 299-324.
- Millon, René
1973. *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, vol. 1, The Teotihuacán Map, part 1: text, Austin, University of Texas Press.
- Noguera, Eduardo
1954. *La cerámica arqueológica de Cholula*, México, Guaranía.
- O'Shea, John M.
1984. *Mortuary Variability: An Archaeological Investigation*, New York, Academic Press.
- Paddock, John
1983. "The Oaxaca Barrio at Teotihuacan", en K. V. Flannery y J. Marcus (eds.), *The Cloud People*, New York, Academic Press, pp. 170-175.
- Parker, Mike
1999. *The Archaeology of Death and Burial*, College Station, Texas A&M University Press.

- Plunket, Patricia y Gabriela Uruñuela
1998a. "Appeasing the Volcano Gods", en *Archaeology*, vol. 51, núm. 4, New York, The Archaeological Institute of America, pp. 36-42.
- 1998b. "Preclassic household patterns preserved under volcanic ash at Tetimpa, Puebla, Mexico", en *Latin American Antiquity*, vol. 9, núm. 4, Washington, D.C., Society for American Archaeology, pp. 287-309.
- 1999. "Pueblos sin memoria: lecciones del Popocatepetl", en *Cuicuilco*, vol. 5, núm. 14, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, pp. 11-25.
- 2000a. "Revelations of a plinian eruption of the Popocatepetl volcano in Central Mexico", en W.J. McGuire, D.R. Griffiths, P.L. Hancock e I.S. Stewart (eds.), *The Archaeology of Geological Catastrophes*, Londres (Geological Society Special Publication, 171), pp. 195-203.
- 2000b. "The quick and the dead: decision making during the abandonment of Tetimpa", en *Mayab*, núm. 13, Madrid, Sociedad de Estudios Mayas, pp. 78-87.
- Romano, Arturo
1974. "Sistema de enterramientos", en J. Romero (ed.), *Antropología física. Época prehispanica, México: Panorama histórico y cultural*, vol. III, México, SEP-INAH, pp. 83-112.
- Romero, Javier
1937. *Estudio de los entierros de la pirámide de Cholula*, México, Publicaciones del Museo Nacional de México / Secretaría de Educación Pública / Talleres Gráficos de la Nación.
- Sahagún, fray Bernardino de
1969. *Historia general de las cosas de Nueva España*, tomos I y II, México, Porrúa.
- Séjourné, Lurette
1959. *Un palacio en la Ciudad de los Dioses: exploraciones en Teotihuacan, 1955-1958*, México, INAH.
- Spence, Michael
1989. "Excavaciones recientes en Tlailotlacan, el Barrio Oaxaqueño de Teotihuacan", en *Arqueología*, núm. 5, México, INAH, pp. 81-104.
- 1992. "Tlailotlacan: a Zapotec enclave in Teotihuacan", en J. Berlo (ed.), *Art, Ideology and the City of Teotihuacan*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks, pp. 59-88.
- Spence, Michael y Luis Manuel Gamboa
2000. "Mortuary practices and social adaptation in the Tlailotlacan Enclave", en L. Manzanilla y C. Serrano (eds.), *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, México, UNAM, pp. 173-201.
- Spranz, Bodo
1970. *Las Pirámides de Totimehuacan y el Desarrollo de las Pirámides Preclásicas en Mesoamérica*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH.
- Uruñuela, Gabriela, Abigail Meza y Gilda Hernández
1998. "Patrones funerarios en Tetimpa", en *Antropología e Historia del Occidente de México*, Memorias de la XXIV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, México, UNAM, pp. 1821-1840.
- Uruñuela, Gabriela y Patricia Plunket
1998. "Áreas de actividad en unidades domésticas del Formativo Terminal en Tetimpa, Puebla", en *Arqueología*, núm. 20, México, INAH, pp. 3-19.
- s.f. "The Late Formative assemblages of Tetimpa, Puebla: clues to the ritual person", en P. Plunket (ed.), *Domestic Ritual in Ancient Mesoamerica*, Los Angeles, UCLA Press (en prensa).
- Vega, Constanza
1981. "Comparaciones entre Los Teteles de Ocotitla, Tlaxcala y Teotihuacan a través de materiales cerámicos", en E. C. Rattray, J. Litvak y C. Díaz (eds.), *Interacción cultural en México central*, México, UNAM (Serie Antropológica, 41), pp. 43-53.